

TURRENT

◆ Hamas ha adoptado un proyecto que va en contra de los intereses palestinos: el de la teocracia iraní.

Irán: el poder tras el conflicto

ISABEL TURRENT

“No hay otro camino que el de la guerra y el martirio para lograr el honor y la gloria”.

Ayatollah Khomeini

El Medio Oriente ha sido desde siempre un terreno fértil para alianzas impredecibles. La búsqueda de apoyos y recursos en la lucha de poder entre naciones, grupos étnicos y organizaciones políticas ha atravesado fronteras geográficas, lealtades étnicas, identidades nacionales y religiosas. Hamas, la organización palestina que confronta a Israel en Gaza, es un ejemplo de esta tendencia. Su principal fuente de armamento, entrenamiento y apoyo ha sido Irán. Los iraníes han respaldado a Hamas de manera directa y a través de terceros. Directamente, por medio de envíos de material bélico que atraviesan el Sinaí hasta la frontera entre Gaza y Egipto para colarse a la Franja por una red de túneles, e indirectamente, a través del financiamiento, apoyo y entrenamiento de cuadros cortesía de Jezbolá, el retoño libanés de Irán, y de Siria, su socio estratégico.

Lo curioso del caso es que, a diferencia de Jezbolá (aliado natural de Teherán que deriva su fuerza del apoyo de la población shiíta de Líbano), Hamas tiene otros orígenes y otra filiación religiosa e ideológica. Los palestinos de Gaza practican el Islam sunnita –que ha sido por siglos enemigo del shiísmo, la religión oficial de Irán y de minorías tradicionalmente perseguidas en algunos otros países árabes; Hamas surgió a fines de los 80 como gemelo ideológico de la Hermandad Musulmana, egipcia y sunnita, y sus líderes son igualmente sunnitas y antishiíes.

La cercanía entre los palestinos y la teocracia iraní que derivó en la alianza con Hamas se remonta a 1982, cuando a raíz de la invasión israelí a Líbano Arafat pidió

ayuda y refuerzos a Irán. Pero la relación entre la OLP e Irán fue muy accidentada y no alteró nunca el secularismo del movimiento palestino de Arafat, ni su objetivo a largo plazo: la construcción de un Estado palestino. No ha sucedido lo mismo con Hamas.

A diferencia del pragmático y astuto Arafat, que sólo traicionó los intereses del pueblo palestino en aras de los suyos propios, los líderes de Hamas han “comprado” el proyecto iraní, se han contagiado de su peculiar visión del mundo y han adoptado sus metas. El resultado de este proceso de mimetización ha sido una verdadera desgracia para el movimiento palestino, para Hamas y, por supuesto, para los habitantes de Gaza que lo sufren de modo indecible.

La politización del Islam, legado del Ayatollah Khomeini, ha sido el eje de la política exterior iraní desde el triunfo de la revolución islámica en 1979*. Khomeini y sus sucesores no reconocen las fronteras nacionales: su meta es unir de nuevo al mundo musulmán –bajo la batuta iraní– en una gran comunidad integrista gobernada por la ley islámica. Este proyecto que Hamas ha sembrado en Gaza ha tenido consecuencias funestas para el movimiento palestino: provocó el choque entre Al Fatah –heredero de la OLP– y los militantes de Hamas; acabó con el programa secular de Arafat, sometiendo, por ejemplo, a las mujeres a las severas reglas de conducta que privan en Irán y, en el ámbito político, ha llevado al olvido de la meta de construir un Estado propio a favor del utópico renacimiento de una comunidad islámica integrista. Se ha convertido así en un obstáculo insalvable para cualquier negociación de paz con Israel, cuya existencia Irán y sus pupilos no pueden reconocer porque implicaría sacrificar el ideal de la unidad de todo el territorio musulmán, que incluye, por supuesto, a la vieja Palestina.

La iranización de Hamas es también una constante fuente de fricción entre la organización palestina y los países árabes sunnitas, que no tienen ni la más mínima intención de pasar a formar parte de una comunidad islámica encabezada por los shiítas iraníes.

Por si eso fuera poco, Hamas se ha contagiado de la cultura ancestral del martirio, característica del shiísmo iraní. La estrategia le costó a Irán cientos de miles de muertos en la guerra contra Iraq en los años ochenta y a sus retoños doctrinales, Jezbolá y Hamas, miles de víctimas civiles en la guerra contra Israel del 2006 en Líbano y, en los últimos días, en Gaza.

Paradójicamente, Hamas debería aprender una última lección de Irán y de su retoño libanés: el pragmatismo. En las últimas semanas recibió solamente un tipo de ayuda de Teherán y Jezbolá: palabras. Los intereses políticos domésticos de ambos resultaron más importantes que la lucha de Hamas. Irán atraviesa una crisis económica que se ha agudizado con la caída del precio del petróleo y necesita negociar un acuerdo con Washington: una intervención abierta en Gaza hubiera

Continúa en siguiente hoja



Fecha 18.01.2009	Sección Primera	Página 14
----------------------------	---------------------------	---------------------

dado al traste con cualquier posibilidad de arreglo con el gobierno de Obama. En Líbano habrá elecciones en unos meses: el electorado libanés no le hubiera perdonado a Jezbolá una nueva confrontación con Israel.

Con el mismo sentido práctico, Hamas debería abdicar del proyecto iraní, hacer un recuento del altísimo costo

que ha pagado por él la población que gobierna, y negociar el cese al fuego y el futuro *statu quo* con Israel con los intereses palestinos como prioridad de su agenda política.

**Para un excelente análisis del proceso, véase el libro de León Rodríguez Zahar, La Revolución Islámica-clerical de Irán, 1978-1989. El Colegio de México.*